



05

Ciudadanía en la esfera pública híbrida

LUIS E. SANTANA

La revolución digital está presente en todos los ámbitos de nuestra sociedad, incluido el cómo los ciudadanos nos relacionamos con las instituciones que la administran. No es que las nuevas tecnologías reemplacen nuestras formas tradicionales de ejercicio de ciudadanía, sino que se mezclan con ellas y conforman nuevas estructuras de participación. Tradicionalmente, el “deber cívico” se entendía como una obligación moral a participar en la vida social y política, en acciones tales como ir a votar. Hoy, sin embargo, las nuevas tecnologías han dado espacio a la aparición de un nuevo ciudadano empoderado, informado gracias a múltiples fuentes, ya no actuando desde el deber, sino motivado por sus intereses individuales, y que gracias al Internet móvil se puede coordinar con otros para incidir en la vida social y política, de forma instantánea y sin importar las distancias geográficas. Esta ciudadanía empoderada que convive con las instituciones tradicionales constituye un desafío importante para nuestra sociedad, que debe acoger esta participación de forma constructiva y no como una forma disruptiva del orden actual.

EL BUEN CIUDADANO

Los significados de ciudadanía o ser ciudadano no son conceptos consensuados. Además, la definición va cambiando a lo largo del tiempo, influida por los cambios en la sociedad, en los sistemas políticos, en la economía y ciertamente, en la tecnología disponible. A diferencia de otras del pasado, las nuevas tecnologías digitales, que incluyen el Internet móvil, no son solo un conjunto de herramientas tecnológicas con un fin en particular, sino que han conformado toda una estructura tecno-social que cambia el espacio en el cual se desarrolla la comunicación humana y, por lo tanto, la forma en cómo se entiende la esfera pública y privada (Bimber, Flanagin, y Stohl, 2005; Chadwick, 2013; Lievrouw, 2011).

No es que las discusiones se hayan pasado completamente a una esfera digital en red, sino que el mundo online y offline han convergido y están mezclados en un sistema de medios híbridos, que reconfigura la forma como llevamos nuestras relaciones sociales, económicas, políticas, espaciales y temporales (Chadwick, 2013). Por ejemplo, cómo se entiende ser “amigo” en Facebook es distinto a lo que es ser amigo en el mundo offline. Y en términos espaciales y temporales, las nuevas tecnologías móviles permiten que desde cualquier lugar los individuos seamos capaces de informarnos, distribuir ideas, hacer deliberación de importantes temas públicos y organizarnos en red, de una forma sincronizada, y sin importar el lugar físico donde nos encontremos. Eso es una gran redefinición de lo que es nuestra esfera pública.

Una de las características de este nuevo espacio en el que desarrollamos nuestra comunicación es un debilitamiento de barreras, entre lo que diferencia algo que es estrictamente privado de lo que es público, como también, hace difícil distinguir lo que es un emprendimiento netamente indi-

vidual de lo que es una acción colectiva (Bimber, Flanagin, y Stohl, 2012). Esta situación es particularmente relevante, cuando lo que queremos analizar es el involucramiento de los ciudadanos con su vida social y política, y por tanto, los ámbitos en los que la ciudadanía se involucra. En el pasado, las instituciones políticas “offline” definían claramente los espacios de participación y en qué circunstancias los individuos podían incluirse. Sin embargo, hoy en día las nuevas tecnologías han permitido que se creen las condiciones para que sean los propios individuos quienes decidan en qué tipo de acciones, y en qué términos se van a involucrar (Bimber, Flanagin y Stohl, 2012).

Frente a este nuevo escenario, entonces, vale la pena preguntarse: ¿Son los individuos de este siglo mejor o peor ciudadanos que aquellos en que la participación era sólo offline? Sin embargo, es problemático tratar de responder esta pregunta. Ya que, en el pasado, la estructura institucional poseía normas rígidas en cuanto a formas de ejercer ciudadanía, de esta forma, era muy fácil determinar si un individuo estaba cumpliendo, o no, con su “deber cívico”. Por años, la civilidad se entendió como el sentido de “deber cívico” para hacer cosas como “sufragar” o para al menos, estar informado del acontecer nacional. Este sentido de deber era enseñado en las escuelas y reforzado por los medios de comunicación y diferentes grupos sociales (Bennett, 2008). Así, un ciudadano comprometido y que cumplía con su deber cívico tenía, entre otras características, una adhesión a las normas y valores democráticos, tenía impresiones y actitudes realistas acerca de la naturaleza del mundo político y social; era capaz de mantener opiniones estables, consistentes e informadas en los grandes temas públicos contingentes; y además, el ciudadano tenía conductas cívicas destinadas a influir, directa o indirectamente, la calidad de vida para uno y los otros (Delli Carpini, 2004).

Sin embargo, ahora el significado de ser un buen ciudadano es difuso por las múltiples opciones de contribuir al bien común. Un estudio de 2012 sobre participación en organizaciones sociales de California – digamos entonces, organizaciones con un fin ciudadano – encontró que en cada organización era posible identificar cuatro tipos de experiencias de involucramiento de los individuos que participaban en ella (Bimber et al., 2012). Estaban los entusiastas que apoyan la misión y objetivos de la organización, los minimalistas que participaban sólo entregando su “apoyo a la causa” pero con muy poca inversión de tiempo y recursos, los individualistas que participan de la organización como una forma de conseguir propósitos individuales, los que pueden no tener nada que ver con los objetivos de la organización, y el cuarto tipo, los tradicionalistas o seguidores cívicos, cuya participación no es estratégica sino más bien relacionada con el deber ser (Bimber et al., 2012). Si bien, sólo el cuarto tipo de experiencia responde a la lógica tradicional del deber cívico, es relevante poder cuestionarse si es que las otras experiencias son más o menos ciudadanas. Ya que en términos prácticos, su contribución a la empresa común tiene como fin mejorar la calidad de vida de nuestra sociedad, al igual que lo hacía la experiencia tradicional del deber cívico.

Con el fin de poder organizar la continuación del capítulo, circunscribo la idea de ciudadanía a dos áreas. Por un lado, la de estar informado para poder tener una opinión, no de todos los temas sociales, pero al menos, de los que como individuo o grupo te afectan directamente y que ayudarán a tomar decisiones electorales, y, por otro lado, la de las “acciones cívicas”, es decir, aquellas actividades destinadas a influir en la calidad de vida de uno y los demás.

ESTAR INFORMADO Y TENER UNA OPINIÓN

Estar informado del acontecer político y social puede tener un valor público en sí mismo, no obstante, es de primordial importancia para poder tomar decisiones adecuadas a la hora de elegir a nuestras autoridades políticas. Si bien las sociedades civilizadas – digamos con un aparato público institucional que administra un territorio – tienen más de un par de miles de años, es recién desde hace menos de medio siglo atrás que se considera que todos los individuos mayores de edad, pueden ser ciudadanos al participar en la elección de sus autoridades. En Chile, hasta 1820 eran solo los hombres mayores de 25 años, con fortuna o cierto estatus social, quienes podían votar; hacia 1888 se incorporó a los mayores de 21 años, que supieran leer y escribir; las mujeres pudieron votar recién para las elecciones municipales en 1935, y parlamentarias y presidenciales en 1949. Finalmente, entre 1969 y 1972 se incorporó a los ciegos, mayores de 18 años y analfabetos (Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile, s.f.), es decir, tras un siglo y medio de vida republicana, recién se pudo hablar de un voto universal y no censitario. Siempre tomando en cuenta que todavía existen grupos que están más excluidos, que no pueden ejercer plenamente este derecho, como personas con discapacidad u otros más aislados geográficamente, asumimos a los medios de comunicación masiva primero, periódicos y radios, y luego la televisión, como la forma natural para informar a esta creciente ciudadanía. Es así como, durante el siglo XX, los medios masivos de comunicación, y en particular sus editores, cumplieron un papel muy importante en definir los temas sociales y políticos que las personas discutirían, incluso en sus espacios íntimos (McCombs y Shaw, 1972). Y, en regiones con concentración de propiedad de los medios de comunicación, como pasa en varios países de Latinoamérica, incluso se corría el riesgo de que ellos también influyeran la posición a tener sobre algunos temas y, por lo tanto, influir potencialmente los resultados de las elecciones (Delarbre, 2010).

En este sistema de medios de comunicación masivos, se daba una tendencia de las personas a evitar expresar sus opiniones si percibían que su postura estaba en minoría frente a lo que los medios y su entorno sugerían, lo que se llama el espiral del silencio (Noelle-Neumann, 1984). El espiral del silencio provoca que aquellas posturas, aparentemente mayoritarias, se reproduzcan y perpetúen en nuestra sociedad (Noelle-Neumann, 1984), especialmente cuando esas posturas favorecen a ciertos grupos que están en el poder, ya que hay intereses que buscan hacerlas pare-

cer como naturales (Johnson, 2010). Hay sólo dos tipos de individuos que se atreven a pagar los costos sociales de hacer explícita su opinión, aquellos que están profundamente convencidos de algo y los que están a la vanguardia de las nuevas opiniones (Noelle-Neumann, 1984). El contexto actual de múltiples redes sociales digitales, al parecer, hacen que este fenómeno sea menos común (Messing y Westwood, 2014). Lo que tiende a desconcertar a la clase política ya que lo ven como un conjunto de opiniones fragmentadas y con poca unidad ideológica.

Las nuevas tecnologías, especialmente el Internet 2.0 en el cual los individuos pueden generar y compartir sus propios contenidos, permite que vanguardistas y las personas con opiniones profundas se encuentren en la esfera pública digital, amplifiquen su voz y se puedan comunicar entre ellos, influyendo a su vez la esfera pública offline. Por ejemplo, en Chile son conocidos los grupos de activistas que abogan por los derechos de los animales, quienes además de sus campañas online, han hecho acciones directas sobre instituciones tradicionales, como es el rodeo. El nivel de información con respecto a esta temática y la posibilidad de coordinarse online hacen una caja de resonancia que amplifica su impacto sobre la esfera pública.



—
Campaña “No Son Muebles” organizada por www.vegetarianoschile.cl
Fuente: www.nosonmuebles.cl

En redes sociales digitales se da un fenómeno distinto al de la exposición selectiva guiada por ideología, que caracterizaba el tipo de medios que elegíamos para informarnos en el pasado. En las redes digitales es nuestra red de contactos (amigos y seguidores) y grupos virtuales (como WhatsApp) en los que participamos, los que aumentan nuestra posibilidad de leer ciertos contenidos, cada vez que ellos apoyan o promocionan sus posiciones frente a ciertos temas. Haciendo, de esta forma, mucho más diverso el consumo de información y, potencialmente, permitiendo a los individuos estar mejor informados. Incluso en medios tradicionales hacen eco de las tendencias de transmisión de información online, es por esto que los medios masivos de noticias tienen casi invariablemente una sección llamada “lo más visto” o lo “más popular” (Messing y Westwood, 2014).

La introducción de los medios digitales, y la posibilidad de los individuos de utilizarlos para publicar sus propios contenidos, parece haber tenido un efecto sobre cuánto confiamos como sociedad en nuestros medios masivos de comunicación. Primero, los ciudadanos ya no tienen que decidir una sola fuente para informarse, ahora pueden seleccionar una noticia por sí misma en vez del medio de transmisión, y la fuente para esa noticia pueden ser simplemente amigos, u otros usuarios de Internet, de los que uno considera relevante conocer su consumo de información (Messing y Westwood, 2014). Tal como mencioné antes, el filtro editorial y la concentración de la propiedad de los medios venían haciendo disminuir la confianza en dichos sistemas de información. Sin embargo, al menos en Asia y en Sudamérica, la irrupción de los medios digitales con la posibilidad de diversificar las fuentes de información, parece haber roto esta tendencia de desconfianza. En un estudio que publicamos el año pasado junto a un compañero de doctorado en la universidad de Washington, que comparaba los niveles de confianza en la televisión y en los diarios, en 2005 y 2011 (de acuerdo a su PIB per cápita, libertad de prensa, penetración de Internet, teléfonos móviles, y número de usuarios de Facebook) descubrimos que la confianza en los medios tradicionales de comunicación había aumentado durante ese periodo, particularmente en países con bajo uso de Internet pero que tenían alto uso de teléfonos móviles y Facebook.

En el estudio sugerimos que esta tendencia se da porque la red de personas posteando contenidos en Facebook o intercambiando mensajes virales a través de sus teléfonos móviles, funcionan como un garante de la veracidad de la información transmitida por los medios masivos (Lee y Santana, 2015). Dicho de otro modo, si un editor decidiera manipular una noticia, hoy existen muchos testigos y comentaristas que pueden confrontar con versiones alternativas a la historia transmitida, por lo tanto, esta transparencia de la información haría que los individuos confíen más ahora en los medios tradicionales de lo que lo hacían antes.

Los contenidos generados a partir de los usuarios, también pueden ser valórica e ideológicamente distintos a aquellos que los medios tradicionales presentan. En un estudio sobre cómo se construyeron las historias durante la Primavera Árabe, en particular el levantamiento en Egipto, se descubrió que los flujos en Twitter transmitían valores distintos a los que transmitían los medios tradicionales. En Twitter, los valores preponderantes eran: instantaneidad, solidaridad, e información proveniente de fuentes confiables, de esta forma, Twitter hizo disminuir el poder de los medios de comunicación masivos que actuaban como reforzadores de las normas que se estaban desafiando (Papacharissi, 2015).

ACCIONES POR EL BIEN COMÚN

Si nos ubicamos en el lado de las acciones destinadas a influir en el bien común o la calidad de vida, tal como mencioné en la introducción al capítulo, la corriente tradicional ubica al buen ciudadano como alguien que cumple con su deber cívico. En democracias liberales como las nuestras, implica desde sufragar, hasta militar en un partido político o presentarse a cargos de elección popular. En Chile, también podemos incluir el ser vocal de mesa entre las obligaciones del deber cívico. Sin embargo, en estos días, el medio híbrido y las capacidades de las nuevas tecnologías permiten que los individuos decidan cómo involucrarse en el mundo político y social, ya no solo en las formas definidas por la institucionalidad. Más aún, el medio digital permite que los individuos decidan el nivel de compromiso y recursos que quieran invertir en las discusiones y actividades que tradicionalmente estaban circunscritas a los partidos políticos y sus representantes. Mientras algunos ciudadanos sólo hacen un click en una campaña de Facebook, otros las organizan, algunos salen a la calle a marchar y, por supuesto, también están aquellos que se involucran en partidos políticos (L. Santana, 2014).

Las nuevas tecnologías permiten un empoderamiento de los individuos y organizaciones, ya que reconocen su capacidad para proyectar su identidad y objetivos en espacios colectivos digitales con muy poca inversión (Bennett, 2008; Owen, 2015). De esta forma, se produce una disrupción del poder tradicional, ese poder jerárquico, estructurado y con fuentes claras de legitimización, y que principalmente lo ejercían los Estados y los grupos que eran capaces de reunir los recursos para movilizar a otros ciudadanos. Así, se convierte en un gran desafío para nuestra sociedad el definir cómo vamos a lidiar con los nuevos “empoderados” ya sea a expensas de, o a la par de, quienes tradicionalmente han tenido el poder (Owen, 2015). Hasta el momento, han sido mucho más visibles las instancias en que ambos poderes se enfrentan, y las estrategias que ha usado el poder tradicional para tratar de deslegitimar estas acciones, calificándolas como lejanas de lo que es el “deber cívico”.

DEL PODER DISRUPTIVO AL PODER CONSTRUCTIVO

El poder disruptivo se hace más fuerte por razones distintas a las de cómo se obtenía el poder en el siglo pasado, ya que en el mundo digital, se privilegia la curiosidad y creatividad como herramientas muy poderosas (Owen, 2015). El poder disruptivo es inestable y colaborativo, principalmente por la velocidad en la que viaja la información, lo que hace incierta la forma en que se proyectará y las implicancias de las acciones tomadas, y es colaborativo, porque se basa en la contribución de muchos individuos de forma relativamente voluntaria (Benkler, 2011; Owen, 2015). Ejemplos del poder disruptivo que permite la existencia de nuestro medio híbrido hay muchos, algunas iniciativas iniciadas por organizaciones como Greenpeace, que en 2010 lanzó una campaña global pidiendo a Nestlé detener la compra de aceite de palma de los bosques lluviosos de Indonesia -logrando su objetivo en muy poco tiempo-, otros organizados por individuos independientes, como la activista Anna Hazare en India, quien inició una huelga de hambre para demandar leyes anticorrupción y cientos de miles de indios apoyaron su petición, u otros movimientos más esporádicos pero influyentes, como el movimiento Occupy en Estados Unidos y el 15 M de España (L. E. Santana, 2015).



—
Máscara usada frecuentemente por Anonymous como logo de su “organización”.
La ocupan en sus intervenciones online, pero también en sus acciones directas offline.
Fuente: *Wikimedia.org* https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/f/f8/We_are_anonymous_and_mask.jpg

Hay otros grupos que tienen una permanencia más larga en el tiempo, pero igualmente sin una estructura rígida, como Anonymous, que es una red internacional de activistas y *hacktivistas* (hackers que participan en acciones con un propósito), que se comunican a través de Internet. Todas estas organizaciones usan la inestabilidad del poder disruptivo para tomar ventaja sobre los actores e instituciones tradicionales, que requieren cierta predicción de lo que pasará para poder mantenerse en el poder (Owen, 2015).

Otra importante organización que se basa en el poder disruptivo con el fin de influir asuntos públicos es WikiLeaks, la organización que hace públicos documentos que han sido definidos como confidenciales por las autoridades o grupos de poder, pero que, de acuerdo a la organización, son de interés público. No es fácil definir a qué tipo de organización corresponde, ya que es “en parte un noticiero, parte movimiento social, parte proveedor de información pública, parte medio de comunicación, y en parte una red de acción directa, WikiLeaks... publica, produce y moviliza” (Chadwick, 2013, p.108. Traducción propia). Tanto WikiLeaks como Anonymous son organizaciones amorfas, u organizaciones sin estructura, no tienen líder y los miembros dejan de ser miembros solo por dejar de colaborar, sin embargo, sus fines – en muchos de los casos – pueden ser catalogados como acciones basadas en valores que contribuyen al bien público: dejar en evidencia corrupción, denunciar abusos y crímenes, acciones online dirigidas a detener la operación de entidades que están atentando contra los Derechos Humanos, por ejemplo.

Una aproximación que puede tomar nuestra sociedad es continuar con este antagonismo entre el poder tradicional y las formas organizacionales que se oponen a ello. Pero otra, es usar la creatividad y la colaboración, que son claves del mundo digital, para convertirlas en aliados de la institucionalidad en la esfera pública híbrida y crear un sistema que acoja estas nuevas formas de hacer ciudadanía.

Una forma de pensar cómo hacerlo, es mirar hacia los jóvenes, nativos de la era digital. Ya que la forma en la que ellos entiendan la democracia hoy, definirá el futuro de esta. Los jóvenes son mejores predictores del futuro que los adultos de mediana edad que continúan viviendo en un mundo político, social y mediático distinto (Bennett, 2008). Los jóvenes han traído muchas innovaciones a los espacios de comunicación pública, usan nuevas herramientas y ambientes de conversación en el cual los políticos se ven obligados a responder, y no siempre de la mejor forma. Ejemplo de esto es el proyecto de Ley presentado por un grupo transversal de Diputados en 2014 que establecía penas a quienes usaran memes contra las autoridades (ADN Radio, 2014).

Mientras las instituciones tradicionales tratan de adecuarse a estos cambios para usar las nuevas tecnologías en sus procesos y en su comunicación con los ciudadanos, deben a la vez seguir administrando un sistema tradicional que no funciona al mismo ritmo, es así como los partidos políticos han ido perdiendo legitimidad en todo el mundo (Bennett, 2008). Entonces, no es suficiente con decirle a los nuevos ciudadanos que participen en instituciones en las que no creen y no confían, es como hacer mala propaganda. Tenemos que, a la vez de preparar a los nuevos ciudadanos para participar en democracia, debemos mejorar nuestra política para los nuevos ciudadanos (Bennett, 2008).

Dejar este antagonismo, implica conocer al nuevo ciudadano y dejar de tildarlo como alguien que no quiere cumplir con su deber cívico. Si bien los jóvenes se han desentendido de la política tradicional, esto no significa una apatía o desconexión con su vida social, al contrario, las redes de amigos facilitadas por redes sociales, los ambientes de juegos online, y opciones creativas de consumo son cada vez más constantes (Bennett, 2008; Boyd, 2014). La participación se ha movido a un aspecto distinto. En la sociedad actual, los jóvenes son más libres de decidir sus niveles de participación en distintas redes y causas al mismo tiempo. Porque se puede. Los individuos se han hecho más responsables por la producción y administración de su propia identidad política (ya no dada por los partidos políticos). Los ciudadanos actuales se involucran en actividades de voluntariado, se organizan a nivel comunitario, escriben cartas a sus diputados o senadores, hacen reclamos al alcalde, protestan en las calles o bien, van a votar. Para el mundo político, entonces, se hace relevante saber quién es quién y poder hablarle a ese grupo en particular, un grupo que sabemos es distinto al que tradicionalmente estaba involucrado en los procesos de toma de decisiones, principalmente los grupos privilegiados (Hindman, 2009).

El cuadro comparativo N°1 entre el Ciudadano del Deber Cívico y el Ciudadano Actualizado Colaborativo, permite entender dónde están puestos los énfasis en cada definición. Mientras el Ciudadano del Deber Cívico es, de cierta forma, obligado a participar en los espacios definidos por la institucionalidad, el Ciudadano Actualizado define las instancias, propósitos y el nivel de involucramiento que quiere tener.

CUADRO COMPARATIVO 01

EL CIUDADANO DEL DEBER CÍVICO Y EL CIUDADANO ACTUALIZADO¹

CIUDADANO DEL DEBER CÍVICO

CIUDADANO ACTUALIZADO - COLABORATIVO

Tiene un sentido de obligación de participar en las actividades organizadas por el gobierno.

Hay menor sentido de obligación con el gobierno, y hay un mayor sentido de compromiso con los propósitos individuales.

El sufragio es el acto democrático fundamental.

El sufragio es menos significativo que otros actos autodefinidos para influir la vida pública: decisiones de consumo, voluntariado comunitario, o activismo (transnacional, ambiental, etc.).

Se informa de los temas sociales, políticos y de información oficial a través de los medios de comunicación masivos.

Tiende a desconfiar de los medios y los políticos y tiene múltiples fuentes familiares de información.

Se une a organizaciones civiles y sociales, partidos políticos y sindicatos que, en general, tienen una comunicación unidireccional para movilizar a sus adherentes.

Favorece conexiones laxas de acción comunitaria, usualmente establecidas o sostenidas a través de lazos de amistad, o relaciones de pares con vínculos débiles que son mantenidos a través de Internet y redes sociales.

Mientras el mundo privado con fines de lucro ha hecho grandes desarrollos usando las nuevas tecnologías, por ejemplo, Amazon, Facebook, WhatsApp, Uber o Airbnb, la mayor parte de los negocios no han cambiado sus productos, sino que solo usaron el Internet para mejorar su logística y hacer más eficientes sus empresas, de esta misma forma, no es realista pensar que la mayor parte de los ciudadanos se cambiarán exclusivamente al mundo digital para su participación en la vida social y política, sino que usarán el Internet y sus nuevos dispositivos para mejorar sus formas tradicionales de participación y las combinarán con nuevas formas (Hindman, 2009).

La nueva ciudadanía, empoderada por las nuevas tecnologías, presenta enormes posibilidades para incluir mecanismos más participativos y colaborativos en la democracia, de una forma más horizontal. Por ejemplo, a través de crowdsourcing (micro-contribuciones a través de Internet) hoy se puede consultar a los ciudadanos su opinión con respecto a la elaboración de políticas públicas, o pedirles directamente a ellos, a través de la inteligencia colectiva de la multitud, que construyan una política pública (Aitamurto, 2012). Usando esta metodología de participación, en Chile, durante 2015, se recibieron más de 6 mil contribuciones a la plataforma #TuConstitución.cl que recogía ideas y propuestas para incluir en la nueva constitución del país (Fundación Democracia y Desarrollo, 2016).



Otros experimentos innovadores que se están llevando a cabo en Chile, para propiciar el involucramiento de los ciudadanos de una forma colaborativa al nivel de municipalidades y gobiernos locales, son las plataformas www.vecinosconectados.cl y www.barriosenaccion.cl. Ambas buscan involucrar a los vecinos de una comuna, ya no como denunciantes o reclamantes, sino como colaboradores de la gestión municipal al reportar incidencias en el espacio público que el municipio debería atender. En vecinos conectados por ejemplo, de los primeros mil reportes hasta Octubre de 2015, en 9 municipalidades de Santiago, el 60% se habían cerrado satisfactoriamente, el 24% estaba en proceso y el 16% en espera de ser resueltos (Fundación Democracia y Desarrollo, s.f.), esta forma de participación crea valor público a nivel municipal al hacer más eficiente la gestión y, al mismo tiempo, mejorar la confianza de los ciudadanos en el sistema.

EL FUTURO DE UNA CIUDADANÍA COLABORATIVA

En el capítulo se expone la dificultad de evaluar a la ciudadanía de la esfera pública híbrida con los patrones del “deber cívico” tradicional y se explica que tener una visión pesimista de la participación ciudadana actual no sería pertinente. Ya que, por un lado, la incorporación de las tecnologías digitales permite a los ciudadanos estar potencialmente mejor informados del acontecer nacional, y con más herramientas para poder elegir y controlar a sus futuras autoridades. Y por otro lado, se explica que la ciudadanía actual no es un grupo desinteresado en los asuntos públicos, sino que es una ciudadanía que releva sus propios intereses y formas de incidir al bien común por sobre las formas y estrategias decididas por otros. De esta forma, para mejorar nuestra sociedad, las instituciones deben adaptarse de forma creativa para incluir a estos ciudadanos empoderados, ya que intentar que los ciudadanos solo participen de la esfera pública bajo el marco institucional de un mundo distinto, es sólo hacer propaganda al estilo de los regímenes autoritarios de antaño y será frustrante.

Ya existen algunos ejemplos que dan luces sobre cómo abordar este desafío, que permitiría, además, incorporar y dar mejor representatividad a los grupos que aún están marginados de las decisiones que los afectan. Para esto, no podemos solo esperar que el emprendimiento privado genere nuevos desarrollos por incentivos del mercado, es necesario promover alianzas entre la universidad, la sociedad civil, gobiernos y empresas para que se desarrollen aplicaciones y prácticas que contribuyan a tener una ciudadanía más involucrada y con mayores posibilidades de incidir en la esfera pública.